

tible a la luz de la historia —de la historia no sólo cinematográfica—, la selección de los textos de "Del cinema como arma de clase" nos decubre asimismo cómo se puede articular el compromiso del crítico con su tiempo, cómo esa labor crítica no podía —ni puede— limitarse al enjuiciamiento de películas aisladas de su contexto y cómo, en definitiva, la voz del crítico es la de una clase.

El resultado último del libro es la incitación a una meditación presente que no puede acabar con la consideración histórica del trabajo de unos hombres. Esta, por supuesto, es necesaria. Pero el aspecto combativo del libro que aparece en el mercado en estos momentos, se proyecta hacia la realidad actual de la crítica cinematográfica; del cine, mejor dicho. Quizá debido a eso, "Del cinema como arma de clase" ha sido retenido por la censura durante cerca de un año, prohibiendo su difusión y venta.

Está por hacer el análisis de las distintas perspectivas críticas que hoy se dan cita en el panorama español. La combatividad de los hermanos Pérez Merinero, en este sentido, respecto a muchas de esas perspectivas críticas (entre las que se cuentan también las que Fernando Lara y yo realizamos desde las páginas de TRIUNFO), es indudable; aisladamente, o dentro del pseudónimo colectivo Marta Hernández, vienen "reiniciando el discurso de 'Nuestro Cinema'"... En algunos aspectos, quizá las limitaciones de un criterio mecánico como en la revista se adoptaba, pudiera ser traspasable a la perspectiva crítica de Marta Hernández. De todas formas no es este el momento de comentar estos extremos. Pero sí de servir de ellos para reconocer de nuevo el interés del libro que reseñamos, dado que se inscribe en una problemática actual. Tanto los textos seleccionados —de Juan Piqueras, Arconada, Sender, Lorca, Villegas López, Plaza, Ivens, Renau...— como el trabajo introductorio de los Pérez Merinero son necesarios (y casi imprescindibles) para el conocimiento de fundamentales aspectos de nuestra cinematografía. ■ DIEGO GALAN.



Josep Picó.

EL CASO VALENCIANO

LOS sociólogos valencianos sufren la enfermedad del "insiderismo" (del término inglés "insider") según Amando de Miguel. Poseen una reiterada preocupación por analizar su entidad regional valenciana desde dentro de un modelo socioeconómico y político particulares. Viene a cuento del reciente libro del valenciano Josep Picó, "Empresario e industrialización. El caso valenciano", presentado en la librería Universal II, con el apadrinamiento del sociólogo mesetario y el periodista Vicent Ventura.

Haciendo uso de hemeroteca, biblioteca y encuestas, Picó define el papel de la burguesía "sucursalista" valenciana. Viene a decir que posee similares características a la burguesía agrícola del siglo pasado, constituyendo "una clase dominante acéfala, con escaso poder económico, disgregada y sin ideología de grupo. Sus problemas económicos han sido resueltos individualmente, no han sabido darles un cariz político de identificación con el país en su lucha frente a otras fuerzas económicas o políticas, es decir, que no han sabido jugar a burgueses".

El modelo económico valenciano es un caso típico de crecimiento hacia fuera. Decir que el 88 por 100 de los empresarios valencianos quieren el ingreso en el Mercado Común es consecuencia lógica de que 58 por 100 de nuestras empresas sean exportadoras y que el 63 por 100 de sus exportaciones vayan destinadas a países del Mercado Común. En el período de diez años, la década de los sesenta, las exportaciones industriales del País Valenciano pasaron de 400 millones de pesetas a 20.000 millones.

En la parte histórica del libro quedan analizadas las condiciones de la segunda mitad del XIX valenciano, por las que no fue posible la industrialización. Entre otras figuran la pérdida

del mercado colonial, la inexistencia de un mercado interior, el fracaso de la seda, la fuga de capitales invertidos en el campo o en la deuda pública. De esta forma, mientras la burguesía española inicia su industrialización en base al sector algodonero y siderúrgico, Valencia continúa su apego rural tradicional, asegurado por la vid, naranja y arroz.

Ernest Lluch, otro "insiderente" valenciano procedente del Principado, aborda la burguesía valenciana de frente, desvelando en el ensayo "La vía valenciana" (Premio Joan Fuster del pasado año), la conciencia y ejercicio de clase dominante practicado en la última centuria. La burguesía que ha ejercido su poder está constituida por terratenientes, aristócratas, comerciantes, protagonistas del desarrollo financiero bancario, impulsores de las primeras redes de ferrocarriles, inversores en bolsa, controladores de la puesta en marcha de los servicios urbanos de Valencia (trazado de calles, construcción de edificios, red de tranvías, servicio de aguas potables). Este grupo social es el que ha mandado durante los últimos ciento cincuenta años, según Ernest Lluch. Aunque los financieros valencianos supongan un 2 por 100 del conjunto español en el libro de Muñoz sobre la Banca en España, aunque de las 100 familias más ricas sólo una viva en Valencia, existe una tradición y ejercicio de clase dirigente en nombres como Beltrán de Lis y el Marqués de Campo, columna vertebral de la Restauración española, que quiso comprar Gibraltar por cuatro millones y Cuba con el resto de su fortuna. En 1900 se crea el Banco de Valencia, que junto con el Banco Central, agrupará a esa burguesía "aristocrática financiera", protagonista social puesta en la palestra del debate histórico regional. ■ JAIME MILLAS.